

EL DIÁLOGO DEL VINO

David Pastrana

Los tapices del Palacio de Ribeira reflejaban pasajes bíblicos, mitológicos y hazañas de exploradores como Vasco de Gama, en paredes divididas por arcos renacentistas y frescos al estilo manierista. El salón del trono se hallaba en aquel momento completamente vacío, únicamente ocupado por el gran escritor Francisco de Aldana, recientemente llegado de Madrid por orden de Felipe II para hacer desistir al rey Sebastián, de su demente empeño en realizar una cruzada en el Magreb.

Sin previo aviso, dos pajes abrieron la puerta derecha del trono y empezó a escucharse en la lejanía la sintonía de sacabuches, tambores y flautas. Al rato, cruzaron la entrada, una hilera de soldados ataviados con el morrión y la coraza de la guardia del Rey. Unos portaban alabardas mientras que otros, culminando la comitiva, el pendón real de la casa de Avís. Para terminar un grupo heterogéneo de músicos, funcionarios, cortesanos, consejeros y sirvientes de distintas razas, probablemente procedentes de cualquier rincón de las colonias dejaban paso al Rey guiando tigres, macacos, orangutanes, loros y hasta un tapir. Podían vislumbrarse indígenas americanos, nativos africanos, persas, un par de asiáticos y hasta un indio de las islas del Pacífico.

- ¡Su Majestad Don Sebastián, por gracia de Dios Rey de Portugal y los Algarves, de ahí y de otro mar en África, señor de Guinea y de la conquista, navegación y comercio de Etiopía, Arabia, Persia, y la India!

La pompa real era tan tangible en aquel espacio como las plumas que el loro del Amazonas dejaba sobre el ropaje de Don Francisco. El trono, tallado en marfil, tenía grabado dos leones rampantes, con varias joyas incrustadas, probablemente adquiridas en las colonias y cedidas como obsequio de los mercaderes al Rey por la protección de Portugal.

Don Francisco, haciendo reverencia - ¡Con el permiso de su majestad! - Desprendiéndose de su sombrero - Vengo en representación de su católica majestad Don Felipe II, tío de su vuestro, para quien a buen juicio estima improcedente la campaña que su majestad, con católicas intenciones, trata de emprender en el norte de África, por el inconveniente que supondría abrir un nuevo conflicto para la cristiandad en esta parte del globo.

Levantándose del trono y acariciándose la barbilla - Siento decirle honrado representante de mi tío, que la decisión del Rey es irrevocable, y que los intereses de los portugueses, por quienes vela mi mandato, me ordenan proseguir con esta tan necesaria campaña que lleva absorbiendo los esfuerzos del pueblo portugués desde hace años. Es, por tanto, mi obligación, dejarle marchar con esta respuesta a mi tío Felipe, de quien espero, no olvide los lazos de unión que nos atan, no sólo en lo familiar, sino en lo que a reinar se refiere y sepa contribuir en esta nueva empresa. Toda aquella parafernalia se consumió en menos tiempo que cualquier pedazo de tocino en las trincheras de Flandes, quedando nuevamente Don Francisco en solitario en el centro de la estancia. Dispuesto a marcharse de aquel lugar, el *Divino* se dio la vuelta. Sin embargo, antes de alcanzar la puerta, una mano enfundada en un guante de terciopelo se posó sobre el hombro izquierdo del poeta.

- Su alteza lo requiere en sus aposentos para hablar más discretamente.

- Sentaos Don Francisco – Dijo Sebastián I señalando un bello sofá de color esmeralda.

El escritor tomó asiento y se quitó nuevamente el sombrero ignorando si existía algún tipo de protocolo para este tipo de audiencias.

El Rey abrió un armario exquisitamente ornamentado del que extrajo un frasco con vino y dos vasos de cristal.

- Como podréis comprender no gusto de conversar largo y tendido en presencia de la corte. Certeza me sobra en saber que vivo rodeado de chismosos y bellacos con capa que aprovechando mi juventud creen poder sacar tajada de mi reinado. Si algo me enseñaron los hermanos jesuitas es que en esto de la gobernanza todos son judas hasta que se demuestre lo contrario – Sus facciones se tensaban al hablar sobre estos asuntos en armonía con los movimientos de sus manos.

Don Francisco a pesar de comprender, por sus vivencias en la corte española, tales sentimientos, no entendía el porqué de este diálogo.

- ¿Sabéis? Este vino procede de Extremadura, según tengo entendido vuestros padres son de allí, espero que así os sintáis como en casa.

- Ciertamente me siento complacido su ilustrísima.

Sebastián empezó a servir vino a su invitado ahora con cierta serenidad – Os preguntaréis por qué estáis aquí. Bien, la verdad es que no podría ocultar mi noble admiración por vuestro legado poético y humano. Sois un docto maestro de las letras y un bravo aventurero, pero más allá de estos títulos, sois un sabio, un filósofo, y además... ¡Un místico!

El *Divino* congraciado por estos elogios se disponía a plasmar su agradecimiento, pero antes si quiera de poder pronunciar un primer fonema fue interrumpido por el monarca.

- Durante gran parte de mi vida me han atormentado una serie de pesares que me consumen como una vela en invierno estos últimos años. A diferencia de otros reyes no he tenido un padre sobre cuya sombra poder erigir mi persona, por lo que toda mi educación se ha basado en seguir los dictámenes de los padres jesuitas, quienes a pesar de tenerme por un muchacho con aspiraciones celestiales me condenaron al ostracismo al conocer mi, espero no se sobresalte, condición de sodomita.

Tomó aire – mi niñez viró en torno a la idea de poder llegar a ser algún día un rey sensato y querido por su pueblo. Para mi desgracia, los lances y litigios entre mi abuela y mi tío el cardenal Enrique me han afectado gravemente desde que este último divulgó entre el populacho mi secreto. No os descubro nada si os digo que mi tío desea ser rey y se frota las manos viéndome infeliz entre una corte chismosa y un pueblo para el que soy un rey imberbe y frágil.

El convidado apenas se inmutó, a sus cuarenta años y habiendo recorrido miles de Estados apenas se sorprendía de este tipo de aflicciones, corrientes en los jóvenes de entonces.

- Toda una vida encerrado en esta mazmorra de oro, torturado por las calumnias y la más vil falsedad me han hecho decidir, en este mi primer año de reinado, hacer material lo que mi cabeza llevaba tantos años soñando.

- ¿Qué es aquello con lo que soñáis si puede saberse?

El rey tomó en sus labios un poco de vino y aparentemente haciendo caso omiso a la cuestión se dispuso a contestar:

-Sin duda tiene un sabor exquisito esta bebida. Sé por vuestros versos que sois un honorable concededor de los griegos y sus dioses – tomando otro trago- Oh, Dioniso, seguro que al hablaros de él se os hace un nudo en el cuello: dios del vino, de la locura, de la pasión, del éxtasis...vulgares vicios. Sin embargo, fijaos que Dios nuestro señor Jesucristo se hizo sangre para saciar nuestra alma en un cáliz repleto de vino. Vino y pasión, son así mismos, amigos de la sangre. Don Francisco, toda mi vida he deseado embarcarme en una aventura como la campaña que emprendemos, quiero sentir la pasión de luchar, viajar, por y para Dios, lejos de los chismes de la sedentaria corte. Quisiera reconquistar Bizancio, cubrir de cruces Jerusalén, acabar con las herejías y evangelizar África, Asia y América, todo el orbe si le place a la providencia. Pero por ahora sólo deseo expulsar al turco cuanto más lejos de Portugal y España mejor, y ni tan siquiera esto me es permitido.

- Alteza, noto ciertamente en vos, la valentía lusitana de un joven rey de veintitrés años. No obstante, a Dios no hay porqué congraciarle con la muerte de más hijos suyos, podéis acercaros a él desde la oración y la meditación interna, eso suele agradarle incluso más que cualquier toma de Argel o Fez.

- Retornando a los helenos... vuestro parecer me hacer retrotraerme a la Atenas de Pericles, el esplendor de los sabios, de los pensadores, de lo que hoy podríamos llamar “mística pagana”, esa Atenas encerrada en la razón y en la política.

- Me honráis con tal comparación – acentuó *el Divino*.

- Mas, como bien sabéis, en su lucha contra Esparta, en esa guerra civil entre aqueos, ganó Esparta. La Esparta de la educación guerrera, de la educación pasional, la dialéctica, la temida.

Recordad también que a los espartanos se les designa lacedemonios. Agradezco que hayáis introducido la ironía en tan seria conversación. ¿No es acaso pues la nuestra otra guerra civil? Una guerra civil entre los hijos de Dios que han decidido defenderlo y los que lo rechazan, entre la

Cristiandad y el Islam, ¿Debemos resignarnos a ser otra Atenas? ¿Creéis que nos defenderemos con filosofía y pergaminos?

Aldana se levantó con ademán de responder, serenamente, a las preguntas lanzadas por su interlocutor – Joven Sebastián, cometéis el error de dejaros embaucar por los sentimientos y por vuestro afán de valentía. He encontrado la valentía en una herida de mosquete en la pierna y en los cuerpos de campesinos flamencos degollados por órdenes del Duque de Alba, esa ha sido toda la gloria que he recibido estos últimos años de soldadesca y esperaba no encontrar más. Me ha malinterpretado, no promulgo que las naciones se deban descuidar de la defensa, sino que se deberían evitar el ataque. El objetivo de las repúblicas y estados cristianos no es el de invadir al moro, sino el de resistir a él, a su ataque, como nuestro señor Jesucristo resistió a la tentación en el desierto, ya que ceder al ataque no es sino caer en su trampa, es convertirse en agresor y convertir al contrario en agredido. Se dice que quien ataca primero defiende dos veces, a mi parecer esto es falso ya que quien se defiende primero ataca dos veces por la confusión que causa en el enemigo que desconociendo la premeditada defensa del adversario se fanfarronea con un ataque imprevisto. Además, la acción de protegerse no provoca ningún tipo de disturbio contra los súbitos ni de dentro ni de fuera, ni conlleva ser el beligerante, el primer influido por este pecado que es la guerra, el derramamiento de sangre entre hermanos.

- Ilustre amigo, me satisface mucho escucharle, a pesar de contrariarle. «Y desde los días de Juan el Bautista hasta ahora, el reino de los cielos sufre violencia, y los violentos lo conquistan por la fuerza» Ambos conocemos, por nuestra educación, el evangelio a la perfección, y como veis, San Mateo no hace sino corroborar lo que os he querido transmitir. El Reino de los Cielos en la Tierra está siendo atacado, no podemos contentarnos con contemplar como cae, no podemos permitir caer nuevamente Constantinopla. Nuestro señor entró al Templo de Jerusalén y lo encontró infestado de pecado, lícitamente echó a los mercaderes del templo, ¿Creéis que practicó el verbo hecho carne la meditación en ese momento?

Tras un rato asimilando lo escuchado, el poeta se rascó la barba – También dice el mesías que hay que poner la otra mejilla y poniendo la otra mejilla sea seguramente como el pecador se cansará de abofetear. Así mismo me reitero, construyendo Estados estables que no se focalicen en luchar contra los males externos sino contra los internos, se erigen defensas insalvables perfectas para desgastar a cualquier agresor. Un ejemplo claro lo tenemos siglos ha, cuando nuestros ancestros visigodos fueron sometidos por los moros gracias a la falta de cohesión, de estabilidad y de unidad en el Reino de Toledo. Por el contrario, cuando los moros cruzaron los Pirineos y trataron de asolar Francia, los francos de Carlomagno, liderados por Carlos Martel supieron contener la horda musulmana que no esperaba enfrentarse a un pueblo unido. De la misma manera, vuestra merced debería proseguir con su enriquecimiento cultural, dedicarse a la razón y al gobierno sensato de su reino para lograr engrandecerlo más sin la necesidad de descuidar asuntos internos, que si bien la verdad, no os faltan. Sólo así vos seréis un soberano férreo ante los envites de quienes lo envidian y atentan contra vuestro mandato, y sólo así vuestra ilustrísima tendrá la garantía de que turco, berberisco, moro o hereje que quiera invadiros se encontrará a una Portugal unida y preparada para la defensa, paradigma del catolicismo y del saber, digna de Viriato.

- Habláis desde y por la razón Don Francisco, eso os honra. Más a mi juicio la razón no es sino una actividad animal, un galgo, en base a su instinto animal, puede razonar y reflexionar de qué manera le es más provechoso cazar al conejo, si por el camino largo o el corto. También un macaco reflexiona para utilizar una piedra como herramienta para cortar hojas. Si bien dice San Agustín que Dios se pudo servir de estos seres para culminar al hombre, lo que nos diferencia, y vos bien lo sabéis, es la pasión. Pasión es la libertad, el don para discernir entre el bien y el mal, lo que nos hace humanos. Pasión es, en consecuencia, el amor, que el hombre desarrolla con el libre albedrío al ofrecerse a otro de sus semejantes ¿Veis raciocinio en el acto de entregarse por otro? ¿En la decisión de unir vuestra vida a la del cónyuge o a la del prójimo? La Pasión de Nuestro Señor, esa exposición al sufrimiento, esa lucha contra el pecado, sí, lucha, es al fin y al cabo la constatación del primer principio del hombre. Así la pasión primordial, el amor, dará en consecuencia el

resto de pasiones: la tristeza, el gozo, el odio... pero siempre como consecuencia del amor. Y a mí Don Francisco, mi amor a la pasión misma me ha generado el odio hacia mis consejeros reales sí, pero también mi inclinación por el combate, que no es sino el amor a Dios y el odio al Infiel. Por todo ello, os resuelvo nuevamente que no cambiaré de opinión sobre esta empresa, las galeras y los hombres están dispuestos.

Vuestra Majestad me ha asombrado enormemente en este encuentro y nuestra conversación podría alargarse días, semanas, meses, años y nunca encontraríamos luz al final del camino que la que nos diese el Todopoderoso al final de nuestros días. Me he dado cuenta de que mi senectud en ocasiones me impide volver a mis años de gallardía en San Quintín, en Lepanto, en Italia, en Flandes... y veo en vuestro rostro, en vuestros gestos y vuestras palabras al joven Francisco que empapado de poesía florentina salía a comerse el mundo. A pesar de mi escarchado cabello, creo poder rezar nuevamente apoyado en mi vieja espada. Contad con este monje sin hábito para vuestra campaña

¡Pardiez!

Si bien el efecto del vino se hubo hecho manifiesto, lo cierto es que según reza el refrán: «los niños y los borrachos siempre dicen la verdad»

Alcazarquivir
4 de agosto de 1578

- ¡Cuánto polvo!

Don Francisco ataviado con su equipamiento de Alférez del Terço de españoles e italianos y liderando la unidad tras la muerte del Capitán Italiano por una bala de cañón- Sí, ya os he oído sargento, haced el favor de guardar silencio no somos mercenarios flamencos- ¡Aquí llegan! ¡Picas al frente! ¡Por Santiago!

- Majestad, la batalla está perdida, rindámonos.

- ¡Estamos rodeados por los moros su ilustrísima!

El Rey desenvainando su espada y dirigiéndose a lo más granado de la nobleza aventurera portuguesa- ¡Señores! La libertad real sólo ha de perderse con la vida- Después de formular estas palabras una lanza mata a la montura real y el rey cae al suelo, una vez en pie se encuentra que a su espalda se halla Don Francisco de Aldana.

- Señor, ya no es tiempo sino de morir, aunque sea a pie.

- Morir, sí, pero despacio.

Polvo y sangre